



¿LA REBELION DE LAS BASES?

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA crisis de los partidos políticos se manifiesta un día sí y otro también. En las últimas semanas los medios de comunicación han informado extensamente, en base a numerosas infiltraciones y filtraciones, de las vicisitudes internas de los centristas, socialistas y comunistas. Básicamente todo ello puede concretarse en la cristalización de tres corrientes políticas: la demócrata cristiana en Unión de Centro Democrático, la radicalización

de la tendencia Tercera Vía, en el Partido Socialista Obrero Español y la fracción crítica o «derechista» —según se sea partidario o adversario— en el Partido Comunista de España. Y las tres coinciden, tras reconocer y agradecer los servicios prestados por Adolfo Suárez, Felipe González y Santiago Carrillo, en proponer nuevos líderes para sus respectivos partidos.

Una interpretación superficial deduciría que estos rebotes de disidencias nacen de la proximidad de los congresos partidarios a celebrar por casi todas estas organizaciones a lo largo y a lo ancho del próximo futuro año.

Por el contrario, una visión en profundidad llegaría a la conclusión de que, estas inminentes reuniones políti-

cas, no son más que el medio a través del cual va a estallar una rebelión que se autopresenta como portadora de las inquietudes de las bases respectivas; pero que en realidad sólo manipula políticamente el descontento, malestar, desazón de los militantes de a pie de cualquier organización política. Obviamente ni UCD, PSOE o PCE han visto cumplidos todos, parte o alguno de sus objetivos tácticos y estratégicos: los centristas han logrado hegemonizar el proceso pero no aciertan todavía a consolidarlo, los socialistas han despertado con el pie derecho del sueño de la alternativa de poder y los comunistas han sido encerrados en un callejón sin salida por largo tiempo.

Sobre este desencanto y desilusión interna cabalga una hábil instrumentación por parte de estas tendencias y fracciones internas de cada uno de estos partidos que, después de ofrecer un chivo expiatorio en las personas de sus líderes respectivos, tratan de hacerse con el poder interno. No estamos, pues, ante una rebelión de las bases sino ante un amotinamiento o intento de golpe de estado interno de un sector de la dirección y de un grupo de cuadros medios. No es una lucha política, sino una lucha personal que busca responsabilizar del éxito a medias de UCD, del bloqueo del PSOE y del fracaso del PCE a unas personas y no a una determinada línea política.

LA REBELION

El argumento ad hominem

En ninguna de estas tres rebeliones, que habría que calificar con más exactitud como rebelión de los managers, existe una alternativa ópuesta ni un programa diferenciado. Sólo la descalificación personal de Adolfo Suárez y de Santiago Carrillo y la oposición al gobierno de coalición que Felipe González deshoja como una margarita política. Es la hora del relevo, aseguran, para garantizar las etiquetas respectivas que aparecerían deslucidas por estos dirigentes políticos. No hay más que argumentos ad hominem, en buena parte calumniosos e infamantes para los líderes en cuestión, puesto que se trata exclusivamente de cambiar a unos hombres por otros.

Argumentación que ni siquiera, por pura cortesía política y por respeto a la verdad histórica, incluye una mínima autocritica. Porque Landelino Lavilla, Alonso Puerta y Nicolás Sartorius no pueden jugar a Poncio Pilatos sobre lo que ha ocurrido en los partidos que codirigen. Ellos son tan responsables como Adolfo Suárez, Felipe González o Santiago Carrillo, de la realidad que ahora critican. Al fin y al cabo en Unión de Centro Democrático Adolfo Suárez no ha hecho más que aplicar la política que predicaba Landelino Lavilla desde los tiempos de los pactos de la Moncloa; Felipe González se ha limitado a poner en práctica la tercera vía entre la derecha y la izquierda que enunciaba Alonso Puerta después del agitado vigésimo octavo congreso de los socialistas; y Santiago Carrillo ha llevado a cabo la línea del compromiso histórico o política de concentración que Nicolás Sartorius traducía apresuradamente de los textos de Giorgio Améndola. Más aún. Incluso antes de la transición política los líderes hoy en cuestión retomaban o calcaban aspectos básicos de las teorizaciones de los «tácitos» centristas, críticos socialistas y de algunos jóvenes cuadros del PCE, que describían en París una realidad española todavía más alejada de la realidad de la península ibérica que la que ya tenían los dirigentes exiliados.

Es por lo que, naturalmente, no se tiene en pie la argumentación de que estos tres partidos se encuentran en la situación en la que están por la culpa personal de estos tres dirigentes. Con toda seguridad, sin ninguna posibilidad de equivocación o error, cabe afirmar que esta situación objetiva sería la misma con cualquier otra dirección política; independientemente de su edad, pasado biográfico, anteceden-

tes familiares, curriculum académico, profesión, etc. Ni UCD, PSOE o PCE hubieran variado un ápice sus actuales posiciones con Landelino Lavilla, Alonso Puerta o Nicolás Sartorius como secretarios generales. Ello es consecuencia de una línea política y no de la mala aplicación personal de la misma línea. Es discutible si había o hay otra alternativa en cada una de estas organizaciones, pero no lo es, en absoluto, pasar de la idolatría a los dirigentes a su iconoclastia.

No deja de ser curiosa la similitud que guarda esta actitud con la mantenida a nivel político general cuando la moción de censura contra el Presidente del Gobierno. En lugar de situar los problemas, analizar la línea política desarrollada, proponer un programa alternativo y un equipo de dirección coherente y homogéneo, los rebeldes centristas, socialistas y comunistas actúan como en el Congreso de los Diputados actuó la oposición: la personalización de las dificultades políticas. Quizás sea el síndrome de la dictadura, creer que después de Franco todo se iba a arreglar, el que por inercia continúe manteniendo la tesis de que la eliminación de un hombre es la salida de los problemas para un colectivo social; pero la oposición interna de estos partidos no hace más que repetir la maniobra de la oposición parlamentaria al Gobierno de Adolfo Suárez.

Personalización que no hace más que reflejar las ambiciones personales de sus promotores: un grupo de presión contra otro grupo, un dirigente descolgado o descolocado que ansía colocarse más alto y menos inestablemente y un grupo de universitarios que por haber estudiado en la universidad piensan tener patente de corso en un partido obrero. Ni más ni menos que las mismas actitudes, trasplantadas al campo de la política, de un sector de empresarios contra otro sector en la lucha por monopolizar el mercado, de los ejecutivos de una multinacional por poner la zancadilla a otro ejecutivo que ejecuta más, o de unos oficiales de un ejército que desean ser capitanes generales con mando en plaza sin haber estado apenas en el terreno de combate.

Las formas y el fondo

Conscientes de su debilidad argumental estas tendencias recurren a la denuncia de la inexistencia de unos cauces democráticos en el seno de estos partidos. Denuncia que, claro

está, es bien acogida por unas bases que no hacen más que pegar carteles, vender periódicos o abonar las cotizaciones; y que en el caos político interno de cada organización acogen con alivio cualquier pugna entre los dirigentes. Pero si la denuncia es inobjetable, no lo son los denunciados. Partiendo de la premisa interrogativa, ¿desde cuándo ha existido democracia en estos partidos?, habría que recordar la constitución nada democrática de Unión de Centro Democrático, el golpe de estado precedido de una conspiración que defenestró a Rodolfo Llopis en el Partido Socialista Obrero Español o la represión abierta y descarada, acompañada de calumnias e infamias, de los jóvenes rebeldes sin causa contra sus oponentes en el seno del Partido Comunista de España, para matizar el adjetivo democrático con el que se presentan ante la opinión pública interna de sus organizaciones.

No hay, realmente, más que un sólo objetivo común en esta triada de rebeldes: desplazar a Suárez del palacio de la Moncloa, a González del liderazgo de la oposición y a Carrillo de lo único que le queda tras sus reiterados reveses: la dignidad política. Queriendo hacer olvidar, además, que si la derecha ha hegemonizado el proceso democrático se lo debe en buena medida a la capacidad personal de Adolfo Suárez, que supo poner en práctica el reformismo que otras cabezas ilustres habían estancado; que si el PSOE ha recuperado su fuerza electoral de antaño se debe a la capacidad de marketing de la figura de Felipe González y que si el PCE existe como trampolín de poder para unos cuantos se debe precisamente a la constancia, tenacidad y capacidad de sacrificio de quienes hoy son calificados despectivamente como viejos.

De ahí que los próximos congresos a celebrar sancionarán un nuevo triunfo personal de estos líderes. No sólo porque controlen el aparato sino por la inexistencia de alternativas: por mucha que sean sus capacidades y méritos no es fácil que UCD opte por líder a quien es juez y parte, difícil que el PSOE encuentre a quien tenga mejor imagen pública e imposible que el comunismo español coloque a su frente a un hombre de origen aristocrático. Y es que Adolfo Suárez, Felipe González y Santiago Carrillo son, retomando la definición que Wiston Churchill hacía de la democracia, los peores líderes posibles de sus respectivas organizaciones si se descartan los demás. Mañana no será así, pero así lo es hoy nos guste o no nos guste. ■
F. L. A.